MERCEDES AGULLÓ Y COBO

EL PESO DE LAS ESTRELLAS

EDITORIAL ALPUERTO, S. A.



EL PESO DE LAS ESTRELLAS

MERCEDES AGULLÓ Y COBO

EL PESO DE LAS ESTRELLAS

La presente edición consta
de 250 ejemplares numerados.

Ejemplar n.º ..163...

EDITORIAL ALPUERTO, S. A.

Editorial Alpuerto, S. A.
Caños del Peral, 7 - 28013 Madrid
I. S. B. N.: 84-381-0118-6
Depósito Legal: M - 35.018 - 1987
Printed in Spain - Impreso en España
por Prudencio Ibáñez Campos
Cerro del Viso, 16
Torrejón de Ardoz (Madrid)

Había, antaño, pobres de solemnidad y pobres vergonzantes. Unos y otros sobrevivían gracias a las comidas que les servían algunas instituciones benéficas. Unos y otros eran pobres como ratas. Pero unos, los pobres de solemnidad, no ocultaban su miserable condición. Otros, los vergonzantes, «gentes venidas a menos», pasaban ante sus convecinos como modestos rentistas. Sólo cuando, a la hora del rancho piadoso, se reunían con los desvergonzados pobres de solemnidad, se hermanaban en la desventura común.

Pues lo mismo sucede con los poetas. Hay poetas de solemnidad, poetas que, si no resultase disparatado, podrían poner en su carnet de identidad «profesión: poeta», porque por esa hermosa actividad son conocidos. Los hay vergonzantes, como esta Mercedes Agulló que hoy publica su primer libro de poemas. La mayoría de los que la conocen, la relacionan con libros, con archivos, con papeles en los que se rastrean vidas de gentes del pasado, con documentos en los que se descubren datos sobre la vida de los madrileños de este o de aquel otro siglo. Pocos, muy pocos, con la poesía. Y, sin embargo, algunos —no demasiados acaso— sabemos que la poesía ha sido, para Mercedes Aguilló, una pasión y una necesidad. Escribe no para ser elogiada por muchos, sino para ser compartida por pocos. Y no porque sea la suya una poesía difícil, al alcance de los iniciados, sino porque es confesión de sus sentimientos, des-

nudez del espíritu que exige ser contemplada con ojos puros.

La poesía de Mercedes Agulló está inscrita en la órbita machadiana —«se canta lo que se pierde», «palabra en el tiempo»—, lo que quiere decir que la presiden la melancolía, la temporalidad, la sobriedad. Es una poesía de la experiencia, como se dice ahora (como si la poesía no hubiese sido antes, también, de la experiencia). No quiere su autora que leamos cada poema como una obra de arte, sino como una confidencia, una palpitación del alma. Es una poesía empapada de resignada aceptación. Hay, en ella, a veces, un recuerdo unamuniano —acaso sea lo contrario de Unamuno, su negativo—:

«nos vestimos de fiesta
y salimos al sol de los senderos.
No llevábamos pan para el viaje
(algunos una estrella y otros nada),
los más pensamos que era fácil
coger la fruta en los cercados,
beber el agua en los arroyos.
Y empezamos a andar y a hacer camino».

versos en los que resuena, con son más apagado, las palabras de Don Miguel animándonos a buscar el sepulcro de Don Quijote. Aunque en Mercedes Agulló el acorde final sea la desilusión, desilusión que cierra la mayor parte de estos poemas, dejándonos un regusto de melancolía.

Yo creo que la precisión, la transparencia de la palabra,

la ausencia de oropeles metafóricos, el ritmo sosegado —sometido al molde de los versos de base impar (endecasílabos, eneasílabos, heptasílabos)—, el equilibrio entre el pensamiento y el sentimiento —lo frío y lo cálido— logran el milagro, tan infrecuente de ponernos en contacto con un ser vivo. Un ser vivo que, naturalmente, se comunica con nosotros gracias a su condición de poeta, de domador de palabras, dominio que se recata, se pone al servicio del sentimiento, nos lo hace compartir mágicamente, aunque no lo entendamos racionalmente. O, aunque lo entendamos, la magia sugestiva del ritmo lo convierte en algo más que cosa mental, *en fría información.*

Y ahora, entremos en los versos (posiblemente estas palabras sean leídas, si lo son, después de leídos los poemas) de esta poeta, hasta ahora vergonzante, y, desde ahora, poeta de solemnidad.

José Hierro


1987

ELEGÍA PARA UNA FECHA EXACTA

(Coreses.)

SON cuatro muros blancos los que cierran
esta plaza, elegida desde siempre
para lugar de nuestra despedida.

Cuando era sólo un punto en la llanura,
ámbito para el aire, pasto y tierra,
invisibles esquinas dibujaban
sobre su piel la rosa de los vientos.
A ella llegaban todos los caminos
—pasos de niño, ilusionados pasos
bajo una luz redonda de manzana—
caminos entre chopos de ribera,
entre cipreses, melancólicos
caminos de agua, meditados
caminos de alma sin orillas.
En medio de los juegos, una sombra
apretaba de pronto la alegría
y detrás de los ojos alargaba
el adiós sus dos alas de paloma.

Cuando triunfó el amor, nos parecía
que una mano de polvo había borrado
la senda que llevaba hasta su límite,
pero se abría paso en la memoria
el encalado pozo de tristeza
y hacia su norte iluminado alzaba
el corazón sin esperanza el vuelo.

Desde siempre esperándonos, frontera
de las horas de luz, acantilado
de los sueños felices, esperándonos
sin impaciencia desde siempre.

Y cuando fue el momento, exactamente
cuando fue su momento, nos hallamos
los dos en ella sin asombro.
Tan sabido el adiós, tan vano era
negar que era el adiós, que no tuvimos
que decirnos palabras.
Supimos que era allí, reconocimos
la ventana de luz que tantas veces
se abría paso en la memoria,
el recinto encalado, la muralla
donde venía el corazón en sueños.

Sólo tuvimos que mirarnos; luego
¡fue todo tan sencillo!

Allí estaban los pájaros, la torre
pequeña de la iglesia, el soleado
rincón para el descanso de los viejos.
Todo tan conocido como el propio
dolor, como el latido de la sangre;
todo aguardando aquel momento
en que la herida antigua rescataba
la hoja de acero del cuchillo
¡y qué justo el puñal en el costado!

Nada tuvimos que decirnos
ni separar la mano de la mano,
ni murmurar palabras de consuelo.
Los dos en pie sobre la imagen
tan largamente acariciada,
volvimos a mirarnos; allí estaba
como una marca del destino, en cuatro
mínimas plazas, el recinto
blanco donde el adiós
nos esperaba desde siempre.

CARTA DE OTOÑO

PORQUE es setiembre y ante tu mirada
enciende otoño sus hogueras,
porque ahora es tiempo de palabras de oro
y el amor sabe como el vino.
Porque las horas visten su alegría
de pámpanos y luces
y la nostalgia en los pinares
tiene un aroma de belleza.
Porque es tiempo de paz y en la ladera
roja del corazón se hunde el arado
y remueve la tierra de mi infancia,
quiero escribiros hoy, niños de plata
nadando entre los juncos,
niñas de luz que imaginais hogares
con puertas de aire al claroscuro
de las iglesias campesinas,
adolescentes que un momento
os quedasteis mirando a las montañas
y hasta olvidasteis ser felices,
muchachas esperando en la ventana
que florezcan estrellas sobre el campo.

Quiero cantar a cuantos en la mano
todavía conservan la moneda

con que pagar los sueños
y se ponen en pie cada mañana
y alzan el corazón como una ofrenda;
a cuantos en los ojos
esconden vivo el rastro de los pájaros
y conocen de lejos
la música del viento sobre el río,
a los que frente al mar levantan torres
de arena y gritan nombres
de ciudades lejanas,
a los que esperan cada día
renovarse el milagro de estar vivos.

Y a ti, porque soñaste en una tarde
de agosto en estas horas
cuando viene setiembre
y se estremecen los pinares.

INCUMPLIMIENTO

TANTO tiempo soñándolo, y ahora
sabemos que es inútil.
(Bate el agua
el muro verde, cae la niebla).
En la esperanza era
como un globo de luz.
(Se presentía
ya su vaho podrido, el frío estaba
entibiando los oros del agosto).
Los dos lanzábamos los ojos
a buscar ese día de diciembre.
(El brillo
del oro del invierno era más íntimo).
Con pasos separados, cualquier día
estaremos allí y esa tristeza
de lo incumplido, esa
mutilación, esa incompleta
realidad, ese sueño
que se nos fue
estará como un viejo compañero
recordándonos siempre lo que pudo haber sido

YA nadie más. Ni un paso
más, que el umbral es nuevo
y tendré que cruzarlo a pie descalzo.
Nadie diga a mi lado ¡espera,
espera aún, detente!
Es sólo ya mi cuerpo el que está aquí; mi alma
aguarda al otro lado.

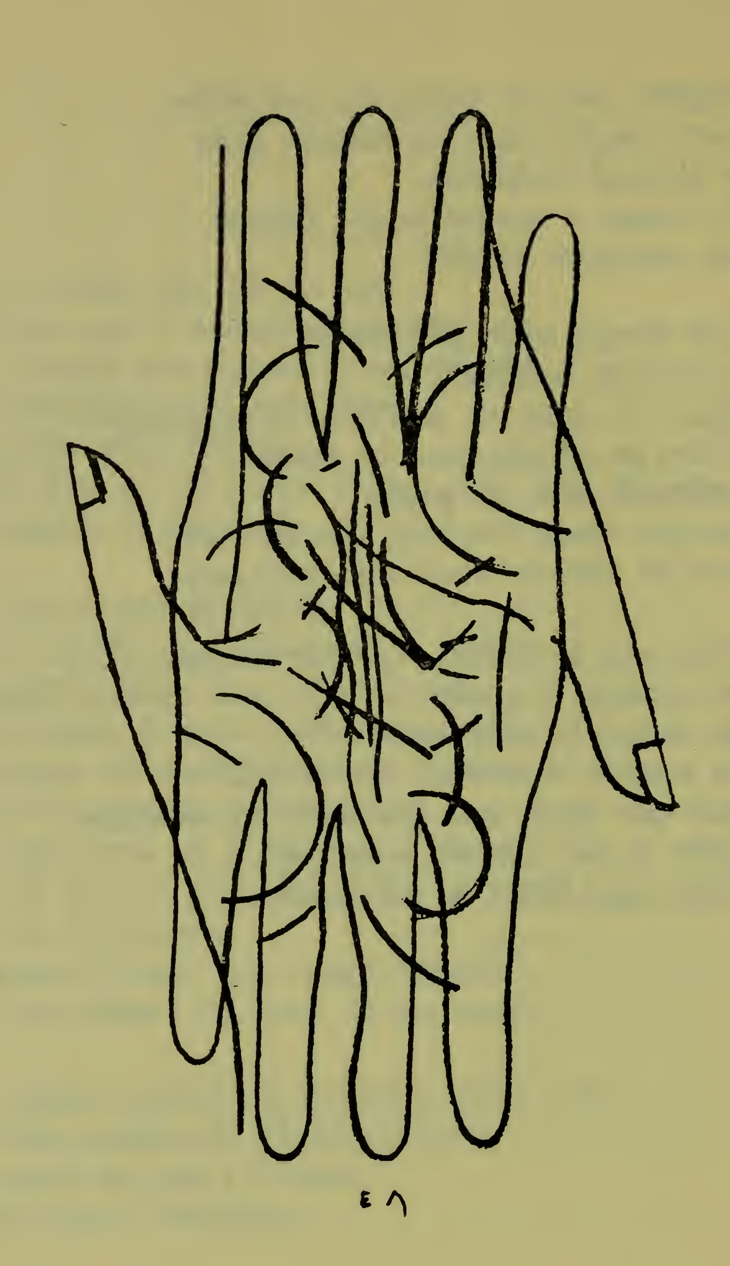
¡Ya dentro! Reconozco
el corazón que piso: aquí le hirieron,
aquí pusieron una cruz; en este
río nace el amor y allí está el pozo
donde los sueños beben su misterio.
Mi enamorado paso reconoce
tanto lugar en donde nunca estuvo
¿no hay un poco de sombra para mí?,
¿no hay reposo
para mí aquí, que vengo sofocada
y sin aliento en busca de este soto?

Alguien incendió el bosque y ahora cruzo
entre cenizas de árboles; recorro
playas sin paz y huertos
de tapias derribadas.

Alguien puso su planta en este pecho
para apagar cuanto de humano gozo
y plenitud le henchía.
Yo vengo a recoger lo que dejaron
las tormentas en pie.

¿Es tiempo aún? ¿No espera
esta tierra la lluvia?
Busco un rastro de vida (¿no es ya tiempo?)
Corro en silencio; con las manos
separo el aire, me golpeo
con las ramas, me hiero con las rocas,
con las antiguas voces me estremezco.

Pero pasé el umbral y no hay retorno;
no conozco el camino
de vuelta, he olvidado,
he perdido el sendero. No sé nada
sino que estoy aquí, que entré en un reino
ajeno y que el amor se escapa
como agua fresca de mis manos.



VIENTO ENEMIGO

Este viento, ¿de dónde, qué violencia
de amor le empuja a mi costado?
Tanto huir para nada, tanto largo
camino recorrido para nada.
Si era mi lecho de ceniza
y sueños sin color bajo mis párpados
eran mi mar sin aventura;
si un ancla de cansancio
dejó mi corazón varado
y podían mis manos impasibles
pasar sobre los labios y las rosas,
¿qué olvidada pasión, qué recobrado
caliente sur me agosta?
¿Llega de ti que sabes de huracanes,
nace impaciente de mí misma?
¿Qué busca por mi piel, qué desventuras
anuncian sus aullidos, qué alegrías,
qué agudísimas notas
de la flauta de Pan hoy me reclaman?

Reconocido son, clarín violento
que convocas de nuevo a la batalla;
si yo estaba dormida, si yo muerta
te tenía olvidado, ¿por qué ahora,
por qué ahora, enemigo?

Y habrá que hacerle sitio
y ceñírselo lento a la cintura,
sentir su aliento acompasado
al propio respirar, saber de nuevo
de qué color es la nostalgia,
aprender otra vez a contar nubes
y dar número exacto a las mareas.

¡Si yo cerrara las ventanas
y le viera pasar por mis postigos!

Pero ya es imposible, ya vencida
sale a su encuentro el alma y se le entrega.
Sólo queda rendirle los nevados
riscos donde la soledad anida
y ponerse a llorar entre sus brazos.

«El amor nos ha fallado.
Estamos esencial, irrevocablemente solos».

(S. FOOTE.)

HUBO una vez un corazón ganado
para el amor. Su historia es muy sencilla.
Lanzaba su alegría, halcón cetrero,
por los azules meridianos,
los cuatro puntos cardinales;
la dejaba correr sobre los ríos
del tiempo, dispararse
segura hasta los astros.
Armado de verdad y de belleza,
salía a los caminos;
se entregaba pequeño a los pequeños,
se crecía en la espera
y cuando hallaba un corazón hermano,
un incendio de luz le traspasaba.
Si miraba los niños o los pájaros,
la rama en sombra,
la ventana entreabierta,
las orillas con álamos, un gozo
de mar abierto le vencía.
¡Qué sencilla la historia!
Un poco de alegría,
algo de amor, verdad, belleza.

Del dolor
le habían hablado con palabras:
le amó también sin conocerlo.
Y así, viajero por los años,
vio renacer las primaveras
—melancólico junio, abril de plata—
apagarse en nostalgia los otoños.
Y cuando el tiempo derramó ceniza
sobre sus horas
y conoció de la traición el nombre
y supo que era gris el desengaño,
guardó el rescoldo del amor
y lo avivó en su pecho;
hizo una hoguera en su alegría,
la acreció de verdad y de belleza,

y se dejó morir sobre la nieve.

«... todo superviviente es un deudor».
(A. Koestler.)

Nos habíais dicho tantas veces:
«Sois como dioses, más que dioses»
que un día
nos vestimos de fiesta
y salimos al sol de los senderos.
No llevábamos pan para el viaje
(algunos una estrella y otros nada),
los más pensamos que era fácil
coger la fruta en los cercados,
beber el agua en los arroyos.
Y empezamos a andar y hacer camino.

Todo era hermoso: el trigo bueno,
la lumbre alegre; todo nombre
tenía un eco conocido.
Sembramos en barbecho avena loca,
dejamos luego el campo
sin esperar a la cosecha
y fuimos a espigar en mies ajena.
Andábamos los pueblos preguntando
quién quería beber de nuestro vino,
quién aceptaba nuestro aceite nuevo,

quién deseaba nuestras manos
para enlazarlas con las suyas.
Fuimos así entregando nuestra hacienda,
vendiendo sin contrato nuestros campos;
al marchar, no dejábamos siquiera
un recuerdo ni un rostro pensativo.

¡Éramos dioses, más que dioses!

Un día, uno sintió que el desaliento
le mordía el costado;
apoyó las espaldas en el muro,
se arrodilló en el polvo y con los ojos
nos dijo adiós, vencido.

Sólo un instante le miramos, luego
emprendimos la marcha.

Otro supo sus manos derrotadas
en la inútil entrega, y una tarde
le vimos regresar sin esperanza.

¡Nada podía detenernos,
ni el dolor de los otros!

Hubo también quien se sintió engañado
y escupió a nuestra frente
y el que halló la alegría
de ser pareja y uno en otro pecho.

Poco a poco los pasos no encontraron
eco a su caminar, y la voz propia
sonaba en el vacío.
Todavía tuvimos esperanza
y pensamos: «También está Dios solo»
y volvimos a dar en nuestras manos
agua de lluvia a los sedientos.

Y aún estamos en pie. Poco nos queda
de aquel gozo primero, y nuestra ruta
ya no señala el rumbo de los astros.
Pero estamos en pie dando a los otros
fe con nuestra caída, testimonio
de fe en nuestra derrota.
Todavía de pie como deudores
a cuantos fueron muertos en la lucha.

CUANDO NACE UNA ISLA

Un nombre basta para dar gozosa
plenitud a la tarde. Sobre el torso
de la montaña triunfa del ocaso
el último resol; cobardemente
se lanzan sobre el valle
las espadas de luz, y sin respuesta
queda la voz del mirlo.
Una sola palabra es suficiente
pero no ha sido dicha y todos vamos
palpando las paredes como ciegos.
Se nos ofrecen solo
hondos desfiladeros y guaridas,
lenguas de arena y sal.

Cuando nace una isla, el hombre siente
que se aligera el peso de sus hombros,
que le fecunda un manantial el árido
lugar donde le han dicho que tiene un corazón.
Y canta y se resiste a la tristeza
de saber que está en pie sobre una ruina;
toma a sus hijos en los brazos
y los sumerge en las espumas
y los acuna al sol de la esperanza.

Cuando una isla se levanta
como un seno en el mar, gritan los pájaros,
vienen las nubes a mirarla,
guarda las garras y los dientes
el animal de presa y hasta el aire
con tibieza de mano la acaricia.
Y si un adolescente entre los labios
gusta el agua salobre, se estremece
la entraña de la tierra.

Pero es precisa la palabra ¿y quién la dice?
Sin haber surcos, sin veredas
¿quién se atreve a decirla?
Crear con barro es fácil, darle forma
a una piel blanda entre los dedos
es también fácil, y sencillo
poner los marcos a las puertas,
las rejas a los patios;
pero ¡qué fuerza es necesaria
para ponerse a arar entre las rocas,
qué lenta el agua hasta horadar la peña,
qué tremendo el esfuerzo de cavar los cimientos
para poner en pie de nuevo al hombre!

Vemos a un niño andar y anda en sus pasos
la marcha de las épocas
y todo el engranaje de los mundos
advierte el paso leve.

Y no sabemos dónde va, ni el viento
que le empuja; ignoramos
todo de su pisada y de su rumbo.
Si se muere una ola, si se anegan
los nidos en las ramas, si de pronto
vemos hundirse entre las aguas
los remos que arrastraba la corriente,
desaparece el universo todo.
¡Y no hay una palabra que detenga
la total destrucción!

Dejad ya que se esconda en la tormenta
la alegría del trueno, que esté muda
la voz del huracán. Entre bandadas
de graznidos regresan los milanos
y por las avenidas que descubren
los árboles desnudos, huyen rápidos
y en desorden los ecos.

Ya es imposible regresar de nuevo
donde la boca sin acento
puede anunciar su profecía.
Es inútil pedirla a gritos, loco
el afán de saber en qué salida
desemboca esta turbia torrentera.
Seguiremos así, mientras no haya
un pecho de agua que detenga
este andar golpeándonos.

Mientras muda la boca que pudiera
encauzar la riada se mantenga,
un friso de ojos mirará impasible
los gestos de la vida.
Que no podemos solos con la carga
y hay demasiado amor a nuestro lado
para afrontar sin miedo su violencia.
Y el alma se nos duele y desconfía,
se nos cuelga a los ojos, nos suplica
en la afilada punta de los dedos,
nos hace transparentes las entrañas,
nos alarga los brazos suplicantes.

Y nada hay que ofrecerle, no tenemos
con qué acallar su grito.
Nos falta un nombre, una palabra
increada que preste cumplimiento a la tarde.

1

Aquí la lluvia y desde allí el silencio
nos consuela a los dos de estar aún vivos.
Hay praderas de ausencia entre los cuerpos,
playas sin sol, columnas arruinadas.
Donde el agua dejó su desventura
beben los pájaros sin sueño,
alas negras cortan la luz, sombrías
horas sin peso pican las pupilas.
No digais que aún espere, que aún hay lágrimas,
decid ya la palabra que da muerte,
dejadme que me ahogue en la ensenada
que hacen sus manos en el tiempo.
Dejad que cargue con mi sangre
sobre el arco donde el remordimiento
pone su clave exactamente
y que sin ruido se hunda el edificio
en que se alzó mi nombre sin apoyo.
Hay soledad aún, piedad y fatiga
para los otros, pensamiento y llanto;
hay cánticos por mí bajo las bóvedas
verdes, sobre la tierra blanda.

Porque yo era de césped, y buscaban
entre mi siembra dientes de animales
y si la luz hurgaba en mi corteza
era un sonoro pecho, una hondonada
de gozo profundísimo mi entrega.
Y eras tú, soñador de soledades,
caminador de estrellas, peregrino
por mis noches, cantor de pinaradas,
eras tú el que en incendios sostenías
la nostalgia, los astros, el silencio.

2

CUANDO todo se hundió, cuando en el cielo
quedó el vacío de las cárcavas
y flores sin raíces florecieron,
se alzó el ciervo furioso de lo oscuro.
Se arrastraban sin ruido las pisadas
de los presentimientos;
la tierra ahogaba al sol entre sus brazos
y el mundo pareció quedar sin eco.
Y era la soledad como una sábana
blanca sobre los campos. Y era, sola,
el alma una enramada sin aroma.
Tuvo que hacerse hueco el castigado
corazón para huir de tanta ruina,
solicitar asilo en tanta lástima,
buscar reposo a tanta pena.

Y no hubo sitio para mí en tu pecho,
ni halló mi espanto el asidero
de tu mano, ni el tránsito reposo,
ni la prisa del miedo tu presencia.
No había más que negro y negro, y rojo
de arboledas en llamas, pasos rápidos
de animales nocturnos, aletazos
de aves en ruta hacia sus nidos.
Y yo en pie sobre el mundo y tú en silencio
sellando mi condena, haciendo frente
al río que nacía de mis brazos,
sin puente para darle cauce y norma.
Y yo en pie ya tan sola,
ya tan no-yo sin ti, que parecía
que un niño muerto castigaba
con su frío la concha de mi vientre.
Tuvo tiempo el dolor, hubo cansancio
para saber que nacen de los altos
prados del cielo lámparas lucientes.
Horas hubo para saberme viva
y tantas ya para alargar mis pasos
que pregunto a los otros si respiro.

3

PERO ¡qué rumor lento nos arrastra
hasta mares inmóviles, qué ásperos
caminos quedan hasta hallarnos
otra vez en la espuma!

No habrá nuevos silencios en el tránsito,
ni sonámbulos ríos entre piedras;
no habrá torrentes, ni senderos
en los pinares silenciosos.
Sólo sombras y luz, abiertamente
sombras y luz en campos divididas
y una raya negrísima en el centro.
Y a un lado y otro, los hundidos
pasos que hacen nítidas las huellas,
un ruiseñor cantando y una rama
para dorar el rastro de los sueños.
Y los dos frente a frente, con los ojos
de piedra y de dolor, y las espaldas
encorvadas al peso de la luna
y la soledad viva, refulgente
como un rubí de sangre, clara, limpia
y entre las manos, nada, nada.
¿Qué hicimos con las penas, dónde, dónde
las lágrimas? ¿Qué hicimos con las risas?
¿Qué queda de los pasos que hemos dado
acompasados a otros pasos?

No me quiero olvidar de que estoy viva
para el momento en que haya de decirte
adiós de nuevo desde lejos.
Porque todo fue dicho y sólo un llanto
largo de lluvia lava la distancia
de cristal y de luz que nos separa.

SAN BAUDILIO DE BERLANGA

SEDIENTA fuente ciega, desterrada
palmera entre los páramos,
¿quién te desarraigó de entre las rosas
y el naranjo del sur, quién te ha traído
desde el agua sonora y el arrayán amargo
a la soledad de alma de esta tierra?
¿Sueñas aún los jazmines
que aroman junto al mar patios de plata?
¿Recuerdas las gacelas dormidas a tu sombra,
las estrellas enormes, el susurro
del viento entre tus hojas?

Surtidor silencioso
en la pobreza de Castilla,
de color y de luz llenas el áspero
roquero en que te asientas.
Pero en el largo invierno,
cuando la nieve aúlla en la meseta,
tu corazón sin pájaros se vuelve
hacia un sur con espuma y tardes de oro.

MEDINACELI

Como una roca
con un arco de piedra
para ver la llanura.
Y que tú me anduvieses,
pasearas mis calles meditando;
a la luz de las doce, te asomaras
a ver las golondrinas en mi plaza,
sonrieras mirando un huerto mínimo,
un balcón con geranios.
Y una tarde, aún el sol en las salinas,
al recordar mis ojos,
comprendieras mi alma.

NUMANCIA

DESDE la sombra verde
las vio pasar —solemnes— hacia el templo.
Tórtolas en las manos y guirnaldas,
cantaban.
Entre la piedra y el azul durísimo
destacaban su gracia y su pureza.
Dejó el reposo, se ciñó la espada
mirando al río, y alabó de Roma
la medida y el orden.

Por un momento se apoyó su mano
en la tierra caliente...
entre los dedos levantó una pálida
calavera de niño (¿sonreía,
soñaba aún, horrorizado acaso
fue aquél su último gesto ante la muerte?)
Miró su propia vida
a través de los negros agujeros:
«Niño, no juegues con las armas; niño,
ven, mira, escucha, niño...»

La dejó suavemente entre la hierba.
Se puso en pie. Cantaba
una alondra de mayo.
Quiso olvidar;
se odió a sí mismo odiando
la dureza de Roma.

LAGUNA NEGRA

NUNCA la luz tan blanca ni tan pura.

Era la tarde de cristal, ni el viento
se atrevía a rozarla.
Iba el alma buscando su cobijo
en tanta soledad; iba y venía
apoyando en la nieve su sosiego,
buscando altísima la luz, cayendo
en el agua tan honda, tan oscura.
Bajo el peso cansado de la frente,
los ojos iban, niños, recobrando
el verde sin pisada, la flor nueva,
el puñal del carámbano.
(Lejos había palmas de oro,
blancas banderas y campanas).

La tarde era un acorde
que ni un rumor quebraba. Las palabras
eran miradas; las sonrisas, ojos
y detrás sólo el alma.
Ni siquiera el silencio era preciso
para saber que el corazón estaba
—diminuto, infantil— en pie y desnudo
esperando el milagro, y que en la mano
todo un mar de deseos se acunaba.

Nunca la luz tan limpia ni tan sola.

Por el monte, la niebla
bajaba hacia el hayedo,
se enredaba en los sueños, se perdía
entre el alegre grito de los pájaros.
Negro prodigio, el agua se acercaba
a la orilla, sin ruido.
Y el alma iba y venía en el remanso
de la tarde dormida entre tus ojos.

...Y ADIÓS

¿HABRÍAN visto tanto amor mis ojos
si los tuyos no hubieran descansado
antes sobre las cosas para amarlas?

¿Fue todo así como mi voz te dice
—la nieve lejos y el pinar sombrío—?
¿De silenciosos álamos la orilla
del Duero se adornaba? ¿Era de plata
Medinaceli? ¿Sobre el día estaba
la luz suspensa? ¿Se incendiaba de oro
el campo de Almazán bajo la tarde?
A Sigüenza llevaban los caminos
del romancero, y en San Juan el mirlo
desde la rama última cantaba,
pero ¿era así? ¿No fueron tus palabras
las que crearon árboles y torres?
Los espinos sin flor y la cigüeña
inmóvil en el prado, Soria entera
como una enamorada se ofrecía,
pero ¿no fuiste tú quien en mi alma
dejaste su nostalgia para siempre?

Si en los tuyos no hubieran descansado,
¿habrían visto tanto amor mis ojos?

Mira, es la misma tarde,
vencejos de verano
golpean locamente su prisión de cristal.
Tú miras —despidiéndote— mis ojos,
buscas mis lágrimas, mi alma.
Pienso yo para luego
la soledad de mi sonrisa,
mis dedos en el aire,
la orfandad de mi pecho...
y te recuerdo ya.
Te pasan por la frente
pensamientos de amor.
Sigue conmigo tu mirada
las nubes altas y las mieses
—aquí ya nunca nuestros ojos, nunca
la voz sobre la voz—
Huésped para mi torre
te pone mi nostalgia sobre el alto
campanario con pájaros
(Miras la nieve, sueñas
alas de ángeles,
alzas la mano a las estrellas
y te las prendes en el pecho).

Por sobre el viento llega
una luz de después, un conocido
futuro, una tristeza para luego
(Te quedas esperando
la primavera, asomas
el corazón a la solana del otoño
y descansas el alma).

Y ahora es la misma tarde,
somos los dos de oro y nos decimos
palabras de esperanza todavía,
mientras las golondrinas nos anuncian
la gloria del verano.



E. 1

«¿NO SABES QUE YO QUERÍA SER UN CABALLITO BLANCO?»

ÁGIL, saltó el cercado. Ya era libre.
Se detuvo un momento
respirando con prisa el aire húmedo,
levantó la cabeza,
vio que Dios ya era de oro
y le amó todo entero.
Se le cuajaba el corazón queriéndole
bajo la negra estrella de su pecho.
Después, galopó loco
hasta sentir la crin y el lomo chorreantes,
buscó en el trébol, en la hierba
que se esponjaba al sol, con dientes ávidos,
y junto al río descansó.

(En el balcón, la niña
sabía que era el tiempo de los nidos;
miró pasar las nubes
y venir desde lejos el aroma
mágico de los árboles.
Y quiso ser un caballito blanco).

Bebió a ruidosos tragos
agua con sol. El vuelo de los pájaros
creaba sombras viajeras
donde los ojos se oscurecían un instante.
Las montañas lejanas
se le ofrecieron impasibles
como el pecho de un dios.
Soñó el regazo de la madre,
la ubre rosa, la lengua
húmeda sobre el lomo estremecido.

(En el balcón, la niña
jugaba con sus sueños,
se arrullaba bajito
y dejaba ir los ojos
más allá de las cosas.
Le galopaba el corazón con ritmo
de regreso y se supo
niña y sola con un amor lejano).

Se supo libre y solo.

SANTIAGO DEL AGÜERO

OTRA tarde, te llevarán los pasos
o el recuerdo tal vez hasta ese rostro
que miró sin sorpresa
renovarse las lunas.
Mirarás esos ojos que contemplan
cada noche el cansancio de los astros;
te acercarás para sentir su aliento;
elevarás las manos
hasta el límite justo de los labios
y del cabello y de los pómulos.
¿Habrá de nuevo estrellas?
Malvas, las nubes quietas
¿serán un mar sobre los montes?
El verde olor del pino,
el canto de los pájaros,
el rebaño lejano,
¿serán, como esta tarde, contrapunto
de la meditación y la palabra?

Sigo tu paso desde lejos
y ahora detengo al compás tuyo
el ritmo de mi pecho.

Subimos otra vez por el camino
donde quedó la huella nuestra;
los dos volvemos ciegos, vamos solos.
(«Ninguna cosa más inaprensible...»)
Y se separan nuestros pasos.

Los dos de nuevo ante ese rostro
que mira al tiempo sin nostalgia.
Yo a tu lado, mi mano,
suave sobre tu hombro.
(«Para después, mañana»).
¿Y ahora? ¿Dónde ahora?

Los dos miramos a los ojos
de piedra; nos devuelven sus pupilas
tanta paz, que parece que soñamos.
¿Está ahí tu sonrisa
de entonces, la mirada
cuajada de belleza con que entonces
te asomabas al mundo?
¿Guardas aún en tu silencio
la luz con que mis ojos te miraban?

(«Ninguna cosa más inaprensible...»)
Y volvemos los dos a separarnos.

Donde el jardín acaba, cruza el río
y bajo el puente, el agua.

1

ESTÁ sentada al sol, le llega
del fondo de la casa el conocido
olor de madre; abren los sueños
sus hondos misteriosos horizontes
y es un mundo el jardín en donde sueña
la luz tranquila.
En primavera llegan a las ramas
del laurel nuevos pájaros,
desciende el agua de los montes
golpeando la orilla
y por la noche llena
el jardín un cansado
olor a madreselva.
Está sentada al sol. Un alto
muro la guarda. Con los ojos
acaricia la yedra.

2

ALTO va el sol. De madrugada
golpearon insomnes a la puerta.
Corrió un escalofrío
por la alcoba vacía de los muertos,
subió a las galerías, puso gritos
de espanto en los rincones. Ahora todos
quieren pensar que fue un mal sueño.
Alto va el sol y nada turba
el soñoliento mediodía.
Sólo el ruido del agua
la hace pensar en unos pasos.
Levanta la cabeza, mira un punto
la entreabierta cancela.
Luego inclina la frente,
la deja reposar entre sus manos.

3

HA entornado la puerta. Pone un último
rayo de luz fuego en sus sienes.
Por sobre el puente van y vienen pasos
y entre los juncos canta el agua, pero
ella no escucha ya. Todo su cuerpo
cubre el rincón de luz, huye los ojos
a la luz. Se encamina hacia la casa.
Ya no duda, ya está
definitivamente sola
en el jardín. Cierra la puerta.

Regresa ya. No vuelve la cabeza
para mirar las huellas que sus pasos
dejan sobre la tierra. Nada sabe
sino que un tibio peso le decora
el cansado rincón donde anidaban
alegría y dolor. Sólo recuerda
un tiempo en que era limpio el aire, y dulce
mirar entre las ramas el poniente.
Marcado por la vida, le han dejado
los días una sombra entre los ojos.
Busca la luz, quiere la luz, espera
en la luz, pero un agua verdecida
moja su corazón, sale a su encuentro
y le ensombrece la esperanza. Escucha
como en la casa abandonada el día
pone sombras inciertas. Y acompasa
de nuevo el corazón a su cansancio.

EL DÍA

DESDE el abismo, donde duerme,
brillante surge; aquí se acerca
a lamernos las manos.
Durante todo el curso de su giro
esperamos.
¡Ahora será! Se cumplirá el milagro.
Le miramos alzarse
con majestad y reposo, ser de todos.
Pero tú esperas la singular llamada.
¿De qué te sirve que acaricie
otras frentes, que beba en cuenco ajeno?
¡Ahora será! Desciende
conservando su exacto ritmo, cae.
¡Ahora será! Ya es ido.
Ya no hay tiempo. Mañana.

Ya es tiempo de decir: «aquellos días»
y cerrar los postigos del verano.
¡Mal encaja esta puerta y aún chorrea
todo el oro de agosto estas paredes!
Aún es pronto quizá, que los membrillos
maduran tarde; su oloroso
corazón necesita
más calor para dar todo su aroma.
Pero hay que preparar estas estancias
para el invierno. Dame
la mano y guíame, porque no puedo
sola y a oscuras encontrar salida.
¡Qué miedo de la sombra que dibuja esa mano!
Subamos a las altas galerías
donde aún triunfa la luz; muy poco a poco
entornemos ventanas, que parezca
que mañana es posible otra mañana,
que se va a repetir ese milagro
del calor que se acaba.

Mira, aún anida el pájaro
y un brote inesperado en una rama
imita primaveras. ¡Si es apenas
el cielo menos claro, si no hay lluvia
ni una nube que anuncie aún el otoño!
Pero hay que preparar estas estancias
para el invierno. ¡Cierra, cierra!
Hiere más el temor de lo cercano
que esta falsa evidencia.

AHORA, el agua en su cauce, sólo queda
poner en pie la torre derribada,
que su altura establezca nuevamente
fronteras de dominio.
¡Ay, pero esos cimientos donde anidan
las alimañas, y esas piedras
de aristas corroídas, la hojarasca
que cubre el muro!
Tan lentamente habría —con tanto amor—
que poner uno a uno los sillares,
que recogerlos uno a uno;
tan amorosamente darlos vuelta
buscando donde encaja el compañero,
aquel que hizo posible la robusta estatura,
aquel en que apoyaba la pared, aquel otro
que sostuvo el dintel y aquel que era
cerco de la ventana.
Habría que buscar dónde hacer sitio
a esa piedra gastada que parece
de aquí y que no es de aquí; la piedra
encontrada al acaso entre las otras
pero que trajo un niño o tiró el viento.
Mucho tiempo hará falta
para ver bajo el sol el duro brillo
de la cal, mucho tiempo

para que la luz entre en las estancias,
para quitar el vaho de pobreza
que mancha sus paredes.
Pero después, decidme, ya elevada
contra el azul, ¿dónde encontrar los pájaros
que eran voces de fuego en sus almenas,
dónde las iniciales de los muertos,
dónde aquella señal
del tiempo y dónde el aire
que sonoro corría la solana?
Haría falta demasiado tiempo...
Ahora puede caer, y servirían
sus piedras no parejas como muros
de casas sin historia, o de asiento
junto al umbral para los días
de invierno, o de pared de horno.
Dejémosla morir sencillamente
como un árbol que tiene las raíces podridas
—corazón, torre, derribado sueño—
y hagamos otro sitio a la esperanza.

(Atenas.)

VUELVO a saber de la alegría
cuando en sueños regreso cada noche a tus playas,
oh país de las nubes,
tú que enlazas mi vida a tantas vidas
y me recibes en tus brazos
y me acunas al sol.
Tanta felicidad para el que llega
a tu costa y la pisa
pisando su pasado
y siente renacer, poniendo el paso
en su propio recuerdo,
las viejas ramas rotas.
Florece amor a mi costado
y por el fondo de tus aguas
discurre el cauce mío.
(Pájaro contra el cielo, te hace sitio
mi sangre porque anides). Llega el tiempo
y se muere en las islas
y mis dedos engranan una a una
todas tus luces diferentes.
¿Quién dice lágrima y dolor, quién dice
esperanza? Oh plena, plena,
grávida de alegría, nombre altísimo.

Me llego a ti, me acerco
a tus fuentes.
Se me enreda el cabello al laberinto
de tu viento y tu noche
Y me traspasa un rayo de la luz de tu alma
y se levanta una bandada
de ruiseñores a mi paso.
Salta el agua en tu orilla; cruza un grito
que viene de muy lejos.

Luego despierto: estoy llorando.

(Eleusis.)

ESTA piedra primera, que conserva
la huella de los pasos de los hombres,
esta piedra,
hoy apenas refugio de la lluvia,
es matriz: de ella nace,
de ella arranca el misterio.

Una mañana —el sol arriba—
(ya habían ofrendado y la alegría
era un vino dulcísimo)
se ponían en marcha.
¡Qué altos los pájaros,
qué gozo compartido!
A un lado y otro bocas que gritaban,
rostros y manos que gritaban,
la roca entera como un grito.
Dentro del pecho, una colmena bulliciosa.

(Pero ¿no érais felices?, ¿no era alegre
la evidencia del mundo y su belleza?,
¿no se os ofrecía sin secreto
—armonía del cuerpo y del espíritu,
rescatada felicidad sin miedo—
el milagro constante de la vida?
¿Qué oscuro impulso, qué cizañas
sofocaban el limpio
manantial de la sangre?
¿Qué llamada de siglos remotísimos
tironeaba sin reposo
de vuestro corazón adolescente?
El misterio, la sombra,
más deseables que el amor, la magia
de la palabra incomprensible,
el gesto del horror, más atractivo
que la sonrisa de un muchacho).

A la izquierda, las islas, el cercano
rumor del mar; a la derecha,
los mirtos, el laurel, el verde suave
del olivo sagrado. Indiferentes
al cortejo, los ojos del rebaño,
los ojos de hombre de los dioses.
El corazón —¡tan solo!—
aleteaba al ritmo de los cánticos.

¡Ya en el umbral! Un paso
solo les separaba de lo oscuro.
Tenían ojos de paloma,
de víctima inocente, y en el pecho
una tibieza de plumón suave.

Y una mañana —el sol igual, arriba—
entre el idéntico oleaje
de los gritos de júbilo,
entre los gestos repetidos
y la alegría igual y el mar lo mismo
y el mirar impasible de los dioses
y de los animales sin asombro,
el misterio devolvía su presa.

(¿Quién ha puesto ese turbio
jirón de telaraña
ante los ojos cándidos?
¿Qué palabras murieron
—sin nacer— en las bocas?
¿Quién hizo minerales las sonrisas
y dio cansancio a la esperanza?
¡Ay, sin misterio ahora, corazones
sabios en el secreto, manos sabias,
almas y cuerpos sabios, sabedores
del misterio de Dios!

A esta piedra primera, que conserva
el rastro del dolor del hombre, a esta
roca matriz llega mi paso.
Pongo mi pie en la huella
que acarició tanta pasión urgente
y echo a andar sin reposo.